

LA NIÑA DE LA MAR

Hay historias que perduran en el tiempo y otras que se pierden por la visita de la dama del alba y se guardan ahí, bajo llave para que nada ni nadie las pueda descubrir. Hoy quiero contarte la historia de esa pequeña niña que aún vive dentro de mí, a pesar de los años que me pesan en cada parte de mi cuerpo.

Recuerdo el olor a marea baja de cada mañana al despertar, corriendo y cantando coplas por el paseo marítimo de Islantilla. Mis abuelos solían contarme sus aventuras cuando iban a trabajar y cómo se las ingeniaban contra viento y marea para traer la pesca a casa. Según tenía, entendido era tradición que cada descendiente heredara el barco y continuara el legado familiar. En todo mi linaje siempre hubo patronos de pesca, nunca hubo una mujer, ya que las mujeres tenían el deber de ocuparse del hogar y la familia. ¿Y quién si no iba a romper con ese patrón que no fuera yo misma?.

Amaba el mar tras los ojos de mis mayores ¿Cómo no iba a tener el deseo de vivir todas las aventuras que tanto me contaban? Soñaba despierta con la mente surcando mares y pescando el pulpo más grande de la historia. Paseaba por el puerto todas las mañanas para ver a mis abuelos llegar con el barco rebosando de mercancía, era sin duda mi momento favorito del día.

Odiaba el colegio, no soportaba las burlas de mis compañeros si me escuchaban hablar de mis anhelos como marinera, ellos no podían entender el sentimiento tan fuerte que me unía con la mar... Y por eso me escapaba todas las mañanas para verlos llegar. Hasta que un día no tuve mas remedio que enfrentarme a mi familia y expresarles lo que sentía, lo que quería ser de mayor. Pero no lo entendían o no quisieron entenderlo. ¿Por qué la única heredera quería dedicarse a algo tan peligroso como la mar? Si solo podía dedicarse a ello los hombres, no las mujeres. Era inaceptable ese pensamiento para una niña tan pequeña. Era mi vocación, mi propósito de vida y yo sentía que había nacido para ello.

Pero mi familia no lo aceptaba y decidieron que para quitarme esos pájaros que tenía en la cabeza, la solución sería internarme en un colegio de monjas para recordarme cuál era mi lugar.

La noche antes de que me fueran a internar, mi abuelos se dirigían al barco para salir a faenar. Y yo en un descuido les seguí sin que se enterarían, el corazón me iba muy deprisa, tenía mucho miedo. Si me descubrían allí no volvería a ver el mar hasta el fin

de mis días. Tuve suerte de que no me vieran y me escondí tras los cangilones que había en un rincón amontonados.

La mar estaba inquieta, y ya se podía divisar en el cielo la tormenta que iba a propagarse.

Mis abuelos y los demás tripulantes hacían sus labores mientras intentaban poner en calma la estabilidad del barco. Era fascinante verles trabajar, un sueño hecho realidad. Tan cerca y a la vez tan lejos pero casi podía rozarlo, tripular algún día aquél navío. Hubo un grito que me hizo salir de aquella ensoñación, era mi abuelo materno. A causa del temporal, la mar no siempre perdona a los marineros la vida y mi abuelo luchaba por ella. Nadie parecía escucharle, la voz se apagaba a cada segundo que transcurría.

Los demás tripulantes desesperados tapaban las fugas de agua para que el barco no se hundiera y mi abuelo paterno luchaba contra el timón para que el barco no perdiera su rumbo hacia tierra. Nadie hacía nada y mi abuelo se ahogaba y me comía el miedo, la desesperación y la culpa por dentro.

No pude soportarlo más y salí de mi escondite para ayudar a mi abuelo, me daba igual no volver a ver la mar jamás pero no podía ver cómo ese mismo mar que yo tanto amaba.. me arrebatara la vida de una de las personas que más quería.

El barco se enmudeció al verme todos allí, pero el miedo de perderle era más fuerte y sin pensar salté al mar con una barca que teníamos de rescate. Pero ya no veía a mi abuelo, no lo escuchaba solo quería llorar, gritar y desaparecer. Una fuerza dentro de mi me lanzó al mar, algo sobrenatural me pasaba, no podía explicarlo, pero sabía en que lugar se encontraba mi abuelo luchando por su vida. La oscuridad bañaba el mar pero yo sentía que podía ver a través de ese manto negro.

Mientras las olas me golpeaban y me arrastraban hasta lo que sería mi propia muerte, yo seguía nadando a contra viento y marea para rescatar a mi abuelo.

Dicen que los milagros no existen y que todo son casualidades... Pues que equivocados estaban y que feliz soy de poder romper con ese mito.

Al fin pude sostener en mis pequeños brazos a mi abuelo hasta conducirlo a la barca. Aún no se explica de donde salió aquella fuerza interior para arrastrar el cuerpo pesado de mi abuelo a la barca y no ahogarme, sigo sin encontrarle una explicación.

Una vez que nos pusimos a salvo en la barca, el mar empezó a cambiar su estado.. empezó a estar en calma, como mis emociones.

Desde que subimos al barco y llegábamos a tierra nadie dijo nada, sólo escuchábamos el sonido del océano y el motor del barco.

Al pisar tierra mis abuelos entre lágrimas no podían parar de abrazarme y darme las gracias. Aquello parecía un milagro, nadie en el pueblo se podía creer lo que había ocurrido. Mi familia no tuvo mas remedio que pedirme perdón y aceptar que hay sueños que están para cumplirse y yo había venido a este mundo para hacer que así fuera.

— Así es nieta mía, como tú abuela enfrentó a toda su familia, cómo luchó contra una sociedad que no pensaba cómo ella y cómo respondió ante un mundo lleno de adversidades. —

Y así fue como el mundo me empezó a conocer como *La niña de la mar*.

Rita Raymundo.